

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansión Comercial
Band: - (1955)
Heft: 3

Artikel: Crónica de París : fairyland
Autor: [s.n.]
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-797986>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 04.04.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

TEXTILES SUISSES

(TEXTILES SUIZOS)

La revista suiza de los textiles y del vestido con difusión internacional

Revista especial de la

Oficina Suiza de Expansión Comercial, Zurich y Lausana
editada con la colaboración de las Organizaciones profesionales interesadas

REDACCION Y ADMINISTRACION: OFICINA SUIZA DE EXPANSION COMERCIAL, PLACE DE LA RIPONNE 3, LAUSANA

Director: ALBERT MASNATA — Redactor jefe: CHARLES BLASER

«Textiles Suisses» aparece 4 veces el año

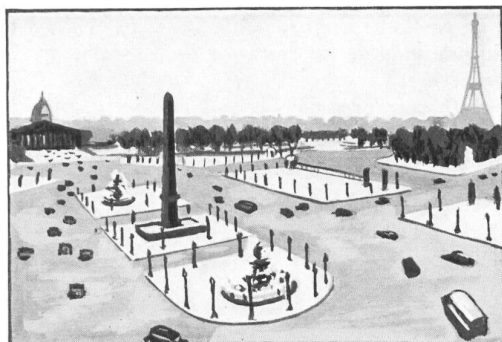
Suscripción: España: Dirigirse directamente a «SPRENTEX», Rafael Calvo 5, Madrid. Otros países: Francos suizos 20.—

Nº 3 - 1955

SUMARIO

París: De nuestro corresponsal, p. 33; las colecciones de otoño y de invierno 1955/1956, p. 35. — Carta de Londres, p. 68. — Carta de Alemania, p. 71. — Carta de Viena, p. 75. — De aquí y acullá, p. 77. — Carta de Nueva York, p. 78. — Carta de Los Angeles, p. 81. — Publicaciones de la Oficina Suiza de Expansión Comercial, p. 84. — Pañuelos, pañoletas, chales . . . , p. 85. — Las industrias del vestido: Zapatos, p. 96; Sombreros, p. 97; Ecos del Burgenstock, p. 98; 27a Semana Suiza de Exportación, Zurich, p. 100. — Festejos en San Galo p. 164. — Crónicas, p. 179. — Contribuciones individuales de las casas, p. 182.

Índice de los anunciantes, p. 183.



Crónica de París

FAIRYLAND

No escuchéis a los gruñones que gimen y lloriquean acusando a nuestra época. Os dirán que somos unos materialistas perdidos, que no tenemos ni el sentido de la ficción, que hemos perdido aquel amor de la poesía que embellecía la vida de nuestros antepasados, que ya no creemos en las hadas. No los escuchéis; vaticinan cual falsos profetas.

La verdad es muy diferente. Nunca como ahora se ha resentido tal deseo de evasión, nunca se trató tanto de elevarse por encima de nuestra triste condición, de nuestra vida rastrera. Antaño, los cuentos de hadas, esas encantadoras narraciones que nos transportan a un universo en el que hasta los animales tienen el don de la palabra, se consideraban únicamente reservados a los niños, y cuando algún adulto los leía, no reconocía más que rara vez el goce resentido con la historia de Piel de Asno.

En cambio, hoy día, las multitudes se agolpan cuando, en las salas de espectáculos, se proyectan los pueriles frescos animados de Walt Disney. Vivimos en la época de los descubrimientos extraordinarios, de los viajes interplanetarios. Julio Verne ha sido superado y las novelas de anticipación científica forman parte de las bibliotecas. ¿No es esto maravilloso? Y aún esos libros en los que vemos a los defen-

sores de la ley aporreados en cada página, cribados de balas, vapuleados, pero que llegan siempre indemnes y triunfantes a la última página para desenmascarar y castigar a los malos ángeles del crimen. ¿Es esto realidad o ficción?

En ello pensábamos últimamente al asistir a la general de una presentación de alta costura, en París. Asistían a ésta, sin duda, unas trescientas personas, las unas por curiosidad, las otras por interés profesional. A fin de tamizar la cruda luz solar del mes de agosto, las persianas estaban echadas y el gran salón en la penumbra. De pronto, los reflectores horadaron las volutas azuladas del humo de innumerables pitillos. Una manequí apareció, aureoleada de luz, como nimbada de pajuelas doradas. Presentaba un abrigo de visión salvaje, suave, sedoso y brillante. Dió algunos pasos, una vuelta y, con gesto indolente, lo abrió, mostrando el forro de visión blanco inmaculado. Un murmullo de admiración se elevó.

En ese mismo instante penetramos en el reino de las hadas. Todo parecía irreal: el ambiente, la luz, el aspecto hierático de la joven, su altivo porte desdeñoso bajo el real atavío.

Contemplando este ser de ensueño, nos decíamos que los modistos forman parte de los poetas de nuestra época, creadores de la ficción que a todos nos es necesaria, como a Verlaine le era la música.

Parece una historia lo que os cuento, y sin embargo, os aseguro que hasta los periodistas se encuentran en el mismo estado de ánimo, a pesar de que ellos están ya archiacostumbrados a la danza aérea de los millones y se encuentran ya más juiciosos y estragados por la obligación cotidiana de asistir a los desfiles de moda. Súbitamente soltaron sus lápices y aplaudieron. En sus ojos brillaba ese reflejo que anuncia la evasión mágica del pensamiento.

Y, honradamente, creo que hay que agradecer a los modistos el que, al crear la belleza y el ensueño, nos permiten, aún a los más refractarios de nosotros, el volar sobre las alas de la ilusión. Gracias a ellos, la Cenicienta forma parte de la actualidad de nuestros días. En un abrir y cerrar de ojos, hacen surgir cualquier debutanta de su crisálida, la envuelven en telas y pieles y la hacen penetrar en un mundo irreal. Por favor, no me vengan a decir que los modistos son ante todo comerciantes, dedicados a vender un artículo como otro cualquiera. Si éste fuera el caso, deberíamos razonar de la misma manera al hablar de los directores de teatro, de los bailarines, de todos aquéllos que se encargan de alimentar nuestras ilusiones. El joven de la rosa, sobre el escenario del teatro de la Ópera, que parece volarse por la ventana a pesar de todas las leyes de la gravedad, también nos vende su talento, pero al mismo tiempo nos da ese invisible y grandioso poder: la liberación por el ensueño.

Todo poeta es forzosamente desigual en sus creaciones, y entre sus versos sublimes siempre los habrá también mediocres. Lo mismo le ocurre al modisto. Al presentar una colección menos perfecta siente confusamente que algo falta en el cuadro, pero, como el poeta, vive en su propio universo y ama a todas sus creaciones. Igual que el artista, se siente ávido de alabanzas, cree en todas ellas, necesita creer en ellas. A su alrededor, nadie le desengaña, hasta los más escépticos periodistas, aquéllos que se echarían 10 crímenes a la conciencia, con tal de obtener un brillante palabreo o una broma genial, no pueden impedirse de seguir la corriente. Hay que ver como se lanzan al terminar el desfile, hay que oír que elogios abrumadores, con que encono pujan todos por pronunciar las mayores alabanzas. Estas loas, sinceras o no, son néctar y ambrosía para el modisto. ¿Que no es él el responsable de las fuerzas que ha desencadenado? Se ha servido de un trozo de tela, del trabajo de más de un centenar de colaboradores, pero es él quien ha creado el ensueño, y de esto se siente consciente.

Hay quien sacudirá los hombros, diciendo: ¡Futilidades! Querer prender con alfileres a la poesía sobre satenes es un juego de ingenio decadente. ¡Cuánta complicación por unos vestidos de más! — Pero si suprimiéramos todos los motivos de evasión, si elimináramos todo lo que embellece la existencia. ¡Qué aburrida sería la vida!

*

¿He de hablaros de los trajes que podremos admirar el próximo invierno lucidos por las mujeres? Seguro que las fotografías que acompañan estas notas os parecerán más elocuentes que mis palabras. Como siempre, las grandes figuras de la moda han lanzado ideas inéditas que florecerán durante la temporada de invierno. Ya hablarán los especialistas de la fluidez de las líneas, de flexibilidad, de feminidad, con su jergonza técnica. De ensueño no os hablarán, pues éste no entra en su oficio.

Y sin embargo, bastan algunas hermosas criaturas para abrirnos sus puertas y dejarnos penetrar en el reino de las hadas, porque el reino de las hadas no ha desaparecido.

X. X. X.